

Rojito

Por José Prieto Gutiérrez

–¡Un momento! Esperen, allá viene Rojito. Él nos resuelve el problema.

–¡Álex, Ud. parece bobo! ¡Ese cucho qué va a saber de esto! Arreglemos las cosas entre nosotros y no haga más aspaviento. Admitan nuestro triunfo y listos.

–¡Eso mismo les decimos! Este partido lo ganamos por reglamento.

–¡Miren!, ahí llegó Rojito. Preguntémosle. ¡Él sabe de todo!, así ustedes no lo quieran admitir –sentenció uno de los muchachos que estaban con Álex.

Sin darle mayor importancia al alboroto que se había formado al borde de la cancha, con paso cansino y mirar despreocupado, se acercó un anciano. Los chicos salieron a su encuentro hablando a voces, mientras tres o cuatro, los que no deseaban consultarle, permanecían sentados en las gradas del descuidado campo deportivo. En medio de la algarabía le preguntaban algo ininteligible. De pronto el anciano levantó una mano en señal de calma, y el griterío bajó el volumen, hasta quedar en silencio.

–A ver Álex, cuéntame qué sucede –dijo, dirigiéndose al chico más cercano.

–Lo que pasa es que los del “B” son unos rabones. No quieren aceptar que perdieron el partido de ayer por reglamento, y pretenden que lo volvamos a jugar. Varios muchachos intentaron agregar datos. Rojito, con otro movimiento impuso de nuevo silencio.

–¿Cuál fue el marcador? –Preguntó.

–Cuatro a tres, ganando ellos; lo que pasó fue que, en el segundo tiempo, alinearon a Pelusa, ¡él estaba sancionado y no podía jugar!

–¡Pelusa no alcanzó a jugar! –gritaron los integrantes del equipo sindicado.

–¡Sí, pero fue reportado con el árbitro y entró a la cancha! –clamó al unísono el grupo de Álex.

–Rojito, en ese momento, estaba en la cancha y no estaba jugando. Este campo de fútbol es para todos; cualquiera puede caminar por él sin que necesariamente sea un jugador, –sentenció una “sabia” voz entre los sindicados.

Como la situación se estaba volviendo a subir de tono Rojito levantó nuevamente la mano, con la intención de calmar los ánimos; sin embargo, en esta ocasión, los que se habían quedado atrás continuaron conversando.

–¡Téllez! –exclamó el longevo juez–. ¿No te interesa que solucionemos esto?

El muchacho que parecía comandar el desacuerdo volteó un poco la cara hacia donde se hallaba el anciano y, sin ponerse de pie, respondió: –Para qué escuchamos lo que va a decir, ya sabemos que desde que esté ahí su ahijado “Alexito”, usted lo va a defender. Eso, mejor pasamos una carta al Comité de Deportes y que ellos decidan.

–Lo que pasa –intervino Alex–, es que usted está picado desde que Rojito señaló la bola que cayó por fuera de la mesa, en el partido que le gané al ping pong. Hermano, para que se le quite el sufrimiento, cuando quiera le doy la revancha.

–¿Cuál me ganó? ¡Rojito le regaló ese partido!, si no me hubiera quitado esa bola, yo gano. Además, no pienso volver a jugar con usted, ¡nunca!

–“¡Tiene culillo! ¡Tiene culillo! ¡Téllez tiene culillo!” –empezaron a gritar algunos.

El anciano movió nuevamente la mano, pero, en esta oportunidad, el grupo no se calló. Entonces, dio media vuelta dando la sensación de retirada. Eso fue suficiente para que regresara el silencio.

–Lamento que tenga tan pobre concepto de mí, señor Téllez –expresó Rojito–. Por ningún motivo sería capaz de favorecer a un alumno, cometiendo una injusticia en contra de otro; y, como no deseo que ese sentimiento crezca, prefiero no dar mi opinión. Me parece bien que el Comité Deportivo decida sobre este asunto.

–¡Nooo, que va! Rojito, no le haga caso a Téllez. No le preste atención a este man que no sabe perder; a pesar de ser lo único que hace. El grupo soltó la risa al escuchar lo anterior, expresado precisamente por un integrante del equipo del inconforme. Rojito no dio su opinión con respecto al partido. Dijo que invitaba a los dos grupos a que lo dieran por perdido, sin contar con los puntos en discordia. Así, para el que los recibiera sería como una bonificación y el grupo que los perdiera no lo notarían, al no contar con ellos desde ese momento.

Luego de escuchar la solución algunos se retiraron; los demás se repartieron para jugar un “picadito”. Mientras, el anciano, con dificultad, subía los escalones que formaban las gradas, hasta sentarse en la parte más elevada a observar a los muchachos, quienes comenzaron un ardoroso juego. En poco tiempo se desatendió del partido. A sus ochenta y cinco años pocas cosas llamaban su atención o le preo-

cupaban. No es que se sintiera tranquilo. No, por el contrario: continuamente lo asaltaban los recuerdos, dejándose llevar por ellos y volviendo a vivir en el pasado. Esa enajenación le permitía evadir sus malos momentos actuales, pues hasta las esperanzas parecían haberlo abandonado.

Ahora, lo único que lo entretenía era la vaca. A veces se sentaba frente a ella a mirarla, a observar su filosófica forma de pasar el tiempo, de pensar. ¿Sería que la vaca pensaba? Y si lo hacía, ¿en qué pensaría? Al mirarla a los ojos se daba cuenta de que ella también lo miraba, pero como si no lo viera: ¡Continuaba igual, hasta sin pestañear! Eso, se le ocurrió, podría indicar un pensamiento en blanco; mejor, un no pensar. Este animal tan grande parecía ser más estúpido que el gato, quien mostraba una cara más interesante; más inteligente. Además, ¡qué le importaba a él lo que pensara la vaca! Le interesaba que diera buena leche para que les hicieran el kumis y el yogurt a los niños del jardín; aunque el rector alegara que la vaca, que había sido donada por la asociación de padres, ya no daba nada. Pero no era cierto, el animal producía ¡dieciocho botellas diarias!

Hacía algún tiempo sospechaba que este rector andaba en chanchullos con los asuntos del colegio. A partir de entonces sintió más que nunca la muerte del anterior rector, el que lo había llevado a trabajar y a vivir allí. Más que nada a vivir, porque sólo le asignó el cuidado de algunas puertas; pero esa labor era muy poca a cambio de la comida, la dormida y una pequeña bonificación, la cual le suprimió el presente rector desde su llegada. Con seguridad se estaría quedando con su dinero, pensaba Rojito. Aunque eso, y muchas cosas más habían dejado de importarle; entre ellas los pleitos estudiantiles en los que fungía como mediador. En otra época, el problema de los equipos de fútbol hubiera representado para él motivo de una placentera intervención, ya no. Ahora "miraba los toros desde la barrera". Su pensamiento permanecía lejano, sin interesarse por algo en especial; cambiaba de objetivo sin que nada le llamara la atención. Veía las cosas como sin verlas, mejor dicho, parecía que se diluyeran en su mente, sin dejar huella. Lo anterior lo llevó a descuidar sus deberes hasta el punto de dejar encerrados, desde las dos hasta las cinco de la tarde, a la profesora de química con los chicos de décimo, en el salón de laboratorio.

Lo que sucedió fue que esa tarde pasó por casualidad frente a ese salón y observó que el candado estaba abierto. Como revisar que todo quedara cerrado era una de sus obligaciones, y habiendo perdido la noción del tiempo, pensó que ya era la

hora, procedió a colocar el cierre. Sólo hasta que un conductor de ruta preguntó por algunos alumnos, se dieron cuenta de su desaparición, encontrándolos cansados de gritar para que los sacaran de allí. A partir de ese momento fue suspendido de sus labores.

De esa manera comenzó a convertirse en un ser anónimo y los niños, que antes buscaban su ayuda y gozaban con su compañía, comenzaron a olvidarlo. Incluso, cuando pasaba por los patios, ya no llamaba tanto la atención, y algunos ni notaban su presencia. En la cocina sucedió otro tanto. Una señora que se preocupaba por la alimentación del anciano fue trasladada a limpieza de salones y oficinas, y nadie se volvió a preocupar por él. Así, cuando Rojito dejó de aparecer por los patios, ninguno lo notó.

Un día, unos estudiantes decidieron golpear en la vivienda del anciano, con el ánimo de saludarlo. El sitio se encontraba desaseado y se sentía mal olor. Como no les abría, se pusieron a observar por las hendiduras del desvencijado portón. Desde afuera todo parecía estar en orden, y Álex recalcó que no faltaba nada. Según dijo, el viejito tenía tan pocas cosas que a vuelo de pájaro era fácil indicar que nada faltaba. Los muchachos empezaron a hacer cábalas sobre la situación. Se les ocurrió que podría haber ido a visitar a algún pariente o que lo hubiesen enviado a cuidar alguna propiedad. Dos días después, los mismos muchachos decidieron jugar a las escondidas, cerca de la casucha de Rojito. Cuando le correspondió a Álex esconderse, quiso hacerlo en la cerrada cabaña. Haciendo un esfuerzo para aguantar el hedor, palanqueó los goznes del desvencijado portón e hizo saltar los enmohecidos tornillos. Luego, empujó la puerta despacio, sintiendo en su cara la fétida tufarada que salía del cuartucho; al momento, quedó petrificado por el impacto que le produjo la visión que se le presentó: a un lado de la puerta, sin que se observara desde el exterior, se encontraba en el piso y recostado contra la pared, el cadáver de Rojito.

Sin capacidad de reacción el chico quedó hipnotizado, observando los restos de quien fuera su gran amigo. ¿Lo había sido? "Claro que sí", se respondió con ira; quien no había correspondido había sido él, Álex. ¿Por qué había sido tan desleal con ese maravillo ser? No tuvo, no encontró, la respuesta adecuada. Mientras así pensaba, sentía un nudo en la garganta que casi no lo dejaba respirar.

Al día siguiente, a pesar de las protestas del muchacho, al octogenario le hicieron un silencioso y oculto sepelio, para evitar molestos comentarios de la gente. Du-

rante el corto oficio religioso, por la cara de Alex, único estudiante al que le permitieron el ingreso, resbalan gruesas lágrimas, mientras en silencio su mirada producía la sensación de una sentencia inculpatória. El informe forense anunció que la muerte del anciano había sucedido dos semanas antes, a causa de la desnutrición y el abandono.